

tada por la entrada ó salida de fieles. Pero *la Burlada* no podía refrenar su reconcomio, y en la primera ocasión, viendo que la Casiana y el ciego Almudena (de quien se hablará después) recibían aquel día más limosna que los demás, se deslenguó nuevamente con la *antigua*, diciéndole: «Adulona, más que adulona, ¿crees que no sé que estás rica, y que en Cuatro Caminos tienes casa con muchas gallinas, y muchas palomas, y conejos muchos? Todo se sabe.

—Cállate la boca, si no quieres que dé parte á D. Senén para que te enseñe la educación.

—¡Á ver!...

—No vociferes, que ya oyes la campanilla de alzar la Majestad.

—Pero, señoras, por Dios—dijo un lisiado que en pie ocupaba el sitio más próximo á la iglesia.—Arreparen que están alzando el Santísimo Sacramento.

—Es esta habladora, escorpionaza.

—Es esta dominante... ¡Á ver!... Pues, hija, ya que eres *caporala*, no tires tanto de la cuerda, y deja que las *nuevas* alcancemos algo de la limosna, que todas *semos* hijas de Dios... ¡A ver!

—¡Silencio, digo!

—¡Ay, hija... ni que *fuás* Cánovas!»

## III

Más adentro, como á la mitad del pasadizo, á la izquierda, había otro grupo, compuesto de un ciego, sentado; una mujer, también sentada, con dos niñas pequeñuelas, y junto á ella, en pie, silenciosa y rígida, una vieja con traje y manto negros. Algunos pasos más allá, á corta distancia de la iglesia, se apoyaba en la pared, cargando el cuerpo sobre las muletas, el cojo y manco Eliseo Martínez, que gozaba el privilegio de vender en aquel sitio *La Semana Católica*. Era, después de Casiana, la persona de más autoridad y mangoneo en la cuadrilla, y como su lugarteniente ó mayor general.

Total: siete reverendos mendigos, que espero han de quedar bien registrados aquí, con las convenientes distinciones de figura, palabra y carácter. Vamos con ellos.

La mujer de negro vestida, más que vieja, envejecida prematuramente, era, además de *nueva*, temporera, porque acudía á la mendicidad por lapsos de tiempo más ó menos largos, y á lo mejor desaparecía, sin duda por encontrar un buen acomodo ó almas caritativas que

la socorrieran. Respondía al nombre de la *señá Benina* (de lo cual se infiere que Benigna se llamaba), y era la más callada y humilde de la comunidad, si así puede decirse; bien criada, modosa y con todas las trazas de perfecta sumisión á la divina voluntad. Jamás importunaba á los *parroquianos* que entraban ó salían; en los *repartos*, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se la vió siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y demagógica de la *Burlada*. Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento á la Casiana, con respeto al cojo, y únicamente se permitía trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almudena, del cual, por el pronto, no diré más sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. Fijarse bien.

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abulta-

das coyunturas, no terminaban en uñas de cerámico. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle solo el crucifijo y la llaga en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de ésta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como á media pulgada más arriba del entrecejo.

Á eso de las diez, la Casiana salió al patio para ir á la sacristía (donde tenía gran metimiento, como *antigua*), para tratar con D. Senén de alguna incumbencia desconocida para los compañeros y por lo mismo muy comentada. Lo mismo fué salir la *caporala*, que correrse la Burlada hacia el otro grupo, como un envoltorio que se echara á rodar por el pasadizo, y sentándose entre la mujer que pedía con dos niñas, llamada Demetria, y el ciego marroquí, dió suelta á la lengua, más cortante y afilada que las diez uñas lagartijeras de sus dedos negros y rapantes.

«Pero qué, no creéis lo que vos dije? La ca-

*porala* es rica, mismamente rica, tal como lo estáis oyendo, y todo lo que coge aquí nos lo quita á las que *semos* de verdadera *solenidá*, porque no tenemos más que el día y la noche.

—Vive por allá arriba—indicó la Crescencia, —*orilla en cá los Paúles*.

—¡Quiá, no, señora! Eso era antes. Yo lo sé todo—prosiguió la Burlada, haciendo presa en el aire con sus uñas.—Á mí no me la da esa, y he tomado lenguas. Vive en Cuatro Caminos, donde tiene corral, y en él cria, con perdón, un cerdo; sin agraviar á nadie, el mejor cerdo de Cuatro Caminos.

—¿Ha visto usted la jorobada que viene por ella?

—¿Que si la he visto? Esa cree que *semos* bobas. La corcovada es su hija, y por más señas costurera, ¿sabes?, y con achaque de la joroba, pide también. Pero es modista, y gana dinero para casa... Total, que allí son ricos, el Señor me perdone; ricos sinvergonzozos, que engañan á nosotras y á la Santa Iglesia católica, apostólica. Y como no gasta nada en comer, porque tiene dos ó tres casas de donde le traen todos los días los cazolones de cocido, que es la gloria de Dios... ¡á ver!

—Ayer—dijo Demetria quitándole la teta á la niña,—bien lo *vide*. le trajeron...

—¿Qué?

—Pues un arroz con almejas, que lo menos había para siete personas.

—¡Á ver!... ¿Estás segura de que era con almejas? ¿Y qué, *gollá* bien?

—¡Vaya si *gollá*!... Los cazolones los tiene en *cá* el sacristán. Allí vienen y se los llenan, y hala con todo para Cuatro Caminos.

—El marido...—añadió la Burlada echando lumbre por los ojos,—es uno que vende teas y perejil... Ha sido *melitar*, y tiene siete cruces sencillas y una con cinco *riales*... Ya ves qué familia. Y aquí me tienes que hoy no he comido más que un corrusco de pan; y si esta noche no me da cobijo la Ricarda en el cajón de Chamberí, tendré que quedarme al santo raso. ¿Tú qué dices, Almudena?

El ciego murmuraba. Preguntado segunda vez, dijo con áspera y dificultosa lengua:

—¿Hablar vos del *Piche*? Conocierle mí. No ser marido la Casiana con casamiento, por la luz bendita, no. Ser quirido, por la bendita luz, quirido.

—¿Conócesle tú?

—Conocierle mí, comprarmi dos rosarios él... de mi tierra dos rosarios, y una piiedra imán. Diniero él, mucho dinero... Ser capatazo de la sopa en el Sagriado Corazón de allá... y en toda la probieza de allá, mandando él, con garrota él... barrio Salamanca... capatazo... Malo,

mu malo, y no dejar comer... Ser un criado del Gobierno, del Gobierno malo de Ispania, y de los del Banco, aonde estar tuda el diniero en cajas soterranas... Guardar él, matarnos de hambre él...

—Es lo que faltaba—dijo la Burlada con aspavientos de oficiosa ira;—que también tuvieron dinero en las arcas del Banco esos hormigonazos.

—¡Tanto como eso!... Vaya usted á saber—indicó la Demetria, volviendo á dar la teta á la criatura, que había empezado á chillar.—¡Calla, tragona!

—¡Á ver!... Con tanto *chupio*, no sé cómo vives, hija... Y usted, señá Benina, ¿qué cree?

—¿Yo?... ¿De qué?

—De si *tien* ó no *tien* dinero en el Banco.

—¿Y á mi qué? Con su pan se lo coman.

—Con el nuestro, ¡ja, ja!... y encima codillo de jamón.

—¡Á callar se ha dicho!—gritó el cojo, vendedor de *La Semana*.—Aquí se viene á lo que se viene, y á guardar la *circuspiación*.

—Ya callamos, hombre, ya callamos. ¡Á ver!... ¡Ni que *fués* Vitor Manuel, el que puso preso al Papa!

—Callar, digo, y tengan más religión.

—Religión tengo, aunque no cómo con la Iglesia como tú, pues yo vivo en compañía del

hambre, y mi negocio es miraros tragar y ver los *papelaos* de cosas ricas que vos traen de las casas. Pero no tenemos envidia, ¿sabes, Eliseo? y nos alegramos de ser pobres y de morirnos de flato, para irnos en globo al cielo, mientras que tú...

—Yo ¿qué?

—¡Á ver!... Pues que estás rico, Eliseo; no niegues que estás rico... Con la *Semana*, y lo que te dan D. Senén y el señor cura... Ya sabemos: el que parte y reparte... No es por murmurar: Dios me libre. Bendita sea nuestra santa miseria... El Señor te lo aumente. Dígolo porque te estoy agradecida, Eliseo. Cuando me cogió el coche en la calle de la Luna... fué el día que llevaron á ese Sr. de Zorrilla... pues, como digo, mes y medio estuve en el *espital*, y cuando salí, tú, viéndome sola y desamparada, me dijiste: «Señá Flora, ¿por qué no se pone á pedir en un templo, quitándose de la *santimpe-rie*, y arrimándose al cisco de la religión? Végase conmigo y verá cómo puede sacar un diario, sin rodar por las calles, y tratando con pobres decentes.» Eso me dijiste, Eliseo, y yo me eché á llorar, y me vine acá contigo. De lo cual vino el estar yo aquí, y muy agradecida á tu *conduta* fina y de caballero. Sabes que rezo un Padrenuestro por tí todos los días, y le pido al Señor que te haga más rico de lo que eres; que

ventas *sin finidá* de *Semanas*, y que te traigan buen bodrio del café y de la casa de los señores condes, para que te hartes tú y la *carreterona* de tu mujer. ¿Qué importa que Crescencia y yo, y este pobre Almudena, nos desayunemos á las *doce del mediodía* con un mendrugo, que serviría para empedrar las santas calles? Yo le pido al Señor que no te falte para el aguardentazo. Tú lo necesitas para vivir; yo me moriría si lo catara... ¡Y ojalá que tus dos hijos lleguen á duques! Al uno le tienes de aprendiz de tornero, y te mete en casa seis reales cada semana; al otro le tienes en una taberna de las Maldonadas, y saca buenas propinillas de las golfas, con perdón... El Señor te los conserve, y te los aumente cada año; y véate yo vestido de terciopelo y con una pata nueva de palo santo, y á tu tarasca véala yo con sombrero de plumas. Soy agradecida: se me ha olvidado el comer, de las hambres que paso; pero no tengo malos que-  
reres, Eliseo de mi alma, y lo que á mi me falta tenlo tú, y come y bebe, y emborráchate; y ten casa de balcón con mesas de *de noche*, y camas de hierro con sus colchas rameadas, tan limpias como las del Rey; y ten hijos que lleven boína nueva y alpargata de suela, y niña que gaste toquilla rosa y zapatito de charol los domingos, y ten un buen anafre, y buenos felpudos para delante de las camas, y cocina de *co*, con

papeles nuevos, y una batería que da gloria con *tantismas* cazoletas; y buenas láminas del Cristo de la Caña y Santa Bárbara bendita, y una cómoda llena de ropa blanca; y pantallas con flores, y hasta máquina de coser que no sirve, pero encima de ella pones la pila de *Semanas*; ten también muchos amigos y vecinos buenos, y las grandes casas de acá, con señores que por verte inválido te dan barreduras del almácén de azúcar, y *papelaos* del café de *la moca*, y de arroz de tres pasadas; ten también metimiento con las señoras de la Conferencia, para que te paguen la casa ó la cédula, y den plancha de fino á tu mujer... ten eso y más, y más, Eliseo...

Cortó los despotriques vertiginosos de la Burlada, produciendo un silencio terrorífico en el pasadizo, la repentina aparición de la *señá* Casiana por la puerta de la iglesia.

—Ya salen de misa mayor—dijo; y encarándose después con la habladora, echó sobre ella toda su autoridad con estas despóticas palabras: «Burlada, pronto á tu puesto, y cerrar el pico, que estamos en la casa de Dios.»

Empezaba á salir gente, y caían algunas limosnas, pocas. Los casos de ronda total, dando igual cantidad á todos, eran muy raros, y aquel día las escasas moneditas de cinco y dos céntimos iban á parar á las manos diligentes de

Eliseo ó de la *caporala*, y algo le tocó también á la Demetria y á *señá* Benina. Los demás poco ó nada lograron, y la ciega Crescencia se lamentó de no haberse estrenado. Mientras Casiana hablaba en voz baja con Demetria, la Burlada pegó la hebra con Crescencia en el rincón próximo á la puerta del patio.

—¡Qué le estará diciendo á la Demetria!

—Á saber... Cosas de ellas.

—Me ha *golido* á bonos por el funeral *de pre-sencia* que tenemos mañana. A Demetria le dan más, por ser *arrecomentada* de ese que celebra la primera misa, el D. Rodriguito de las medias moradas, que dicen es secretario del Papa.

—Le darán toda la carne, y á nosotras los huesos.

—¡Á ver!... Siempre lo mismo. No hay como andar con dos ó tres criaturas á cuestas para sacar tajada. Y no miran á la decencia, porque estas holgazanotas, como Demetria, sobre ser unas grandísimas pendonazas, hacen luego del vicio su comercio. Ya ves: cada año se trae una lechigada, y criando á uno, ya tiene en el buche los huesos del del año que viene.

—¿Y es casada?

—Como tú y como yo. De mi nada dirán, pues en San Andrés bendito me casé con mi Roque, que está en gloria, de la consecuencia de una caída del andamio. Esta dice que tie-

ne el marido en *Celiplinas*, y será que desde allá le hace los chiquillos... por carta... ¡Ay, qué mundo! Te digo que sin criaturas no se saca nada: los señores no miran á la *dinidá* de una, sino á si da el pecho ó no da el pecho. Les da lástima de las criaturas, sin reparar en que más *honrás* somos las que no las tenemos, las que estamos en la *senetá*, hartas de trabajos y sin poder valernos. Pero vete tú ahora á *golber* del revés el mundo, y á gobernar la compasión de los señores. Por eso se dice que todo anda trastornado y al revés, hasta los cielos benditos, y lleva razón Pulido cuando habla de la *rigolución mu gorda, mu gorda*, que ha de venir para meter en cintura á ricos miserables y á pobres *ensalzaos*.»

Concluía la charlatana vieja su perorata, cuando ocurrió un suceso tan extraño, fenomenal é inaudito, que no podría ser comparado sino á la súbita caída de un rayo en medio de la comunidad mendicante, ó á la explosión de una bomba: tales fueron el estupor y azoramiento que en toda la caterva misera produjo. Los más antiguos no recordaban nada semejante; los nuevos no sabían lo que les pasaba. Quedáronse todos mudos, perplejos, espantados. ¿Y qué fué, en suma? Pues nada: que Don Carlos Moreno Trujillo, que toda la vida, desde que *el mundo era mundo*, salía infaliblemente

por la puerta de la calle de Atocha... no alteró aquel día su inveterada costumbre; pero á los pocos pasos volvió adentro, para salir por la calle de las Huertas, hecho singularísimo, absurdo, equivalente á un retroceso del sol en su carrera.

Pero no fué principal causa de la sorpresa y confusión la desusada salida por aquella parte, sino que D. Carlos se paró en medio de los pobres (que se agruparon en torno á él, creyendo que les iba á repartir otra perra por barba), les miró como pasándoles revista, y dijo: «Eh, señoras ancianas, ¿quién de vosotras es la que llaman la *señá* Benina?»

—Yo, señor, yo soy,—dijo la que así se llamaba, adelantándose temerosa de que alguna de sus compañeras le quitase el nombre y el estado civil.

—Esa es,—añadió la Casiana con sequedad officiosa, como si creyese que hacía falta su *exequatur* de caporala para conocimiento ó certificación de la personalidad de sus inferiores.

—Pues, *señá* Benina—agregó D. Carlos embozándose hasta los ojos para afrontar el frío de la calle,—mañana, á las ocho y media, se pasa usted por casa; tenemos que hablar. ¿Sabe usted dónde vivo?

—Yo la acompañaré,—dijo Eliseo echándo-

selas de servicial y diligente en obsequio del señor y de la mendiga.

—Bueno. La espero á usted, *señá* Benina.

—Descuide el señor.

—Á las ocho y media en punto. Fíjese bien—añadió D. Carlos á gritos, que resultaron apagados porque le tapaban la boca las felpas húmedas del embozo raído.—Si va usted antes, tendrá que esperarse, y si va después, no me encuentra... Ea, con Dios. Mañana es 25: me toca en Montserrat, y despues, al cementerio. Con que...

#### IV

¡Maria Santísima, San José bendito, qué comentarios, qué febril curiosidad, qué ansia de investigar y sorprender los propósitos del buen D. Carlos! En los primeros momentos, la misma intensidad de la sorpresa privó á todos de la palabra. Por los rincones del cerebro de cada cual andaba la procesión... dudas, temores, envidia, curiosidad ardiente. La *señá* Benina, queriendo sin duda librarse de un fastidioso hurgoneo, se despidió afectuosamente, como siem-

pre lo hacía, y se fué. Siguióla, con minutos de diferencia, el ciego Almudena. Entre los restantes empezaron á saltar, como chispas, las frasecillas primeras de su sorpresa y confusión: «Ya lo sabremos mañana... Será por desempeñarla... Tiene más de cuarenta papeletas.

—Aquí todas nacen de pie—dijo *la Burlada* á Crescencia,—menos nosotras, que hemos caído en el mundo como talegos.»

Y la Casiana, afilando más su cara caballuna, hasta darle proporciones monstruosas, dijo con acento de compasión lúgubre: «¡Pobre Don Carlos! Está más loco que una cabra.»

Á la mañana siguiente, aprovechando la comunidad el hecho feliz de no haber ido á la parroquia ni la *señá* Benina ni el ciego Almudena, menudearon los comentarios del extraño suceso. La Demetria expuso timidamente la opinión de que D. Carlos quería llevar á la Benina á su servicio, pues gozaba ésta fama de gran cocinera, á lo que agregó Eliseo que, en efecto, la tal había sido maestra de cocina; pero ya no la querían en ninguna parte por vieja.

«Y por sisona—afirmó la Casiana,—recalcando con saña el término.—Habéis de saber que ha sido una sisona tremenda, y por ese vicio se ve ahora como se ve, teniendo que pedir para una rosca. De todas las casas en que estuvo la echaron por ser tan larga de uñas, y

si ella *hubié* tenido *conducta*, no le faltarían cosas buenas en que acabar tranquila...

—Pues yo—declaró *la Burlada* con negro escepticismo,—*vos* digo que si ha venido á pedir es porque fué honrada; que las muy sisonas juntan dinero para su vejez y se hacen ricas... que las hay, vaya si las hay. Hasta con coche las he conocido yo.

—Aquí no se habla mal de *naide*.

—No es hablar mal. ¡A ver!... La que habla pestes es *bueycencia*, señora presidenta de ministros.

—¿Yo?

—Sí... Vuestra Eminencia Ilustrísima es la que ha dicho que la Benina sisaba; lo cual que no es verdad, porque si sisara tuviera, y si tuviera no vendría á pedir. Tómate esa.

—Por *bocona* te has de condenar tú.

—No se condena una por bocona, sino por rica, mayormente cuando quita la limosna á los pobres de buena ley, á los que tienen hambre y duermen al raso.

—Ea, que estamos en la casa de Dios, *señoras*—dijo Eliseo dando golpes en el suelo con su pata de palo.—Guarden respeto y decencia unas para otras, como manda la santísima *doctrina*.»

Con esto se produjo el recogimiento y tranquilidad que la vehemencia de algunos alte-

raba tan á menudo, y entre pedir gimiendo y rezar bostezando se les pasaban las tristes horas.

Ahora conviene decir que la ausencia de la *señá* Benina y del ciego Almudena no era casual aquel día, por lo cual allá van las explicaciones de un suceso que merece mención en esta verídica historia. Salieron ambos, como se ha dicho, uno tras otro, con diferencia de algunos minutos; pero como la anciana se detuvo un ratito en la verja, hablando con Pulido, el ciego marroquí se le juntó, y ambos emprendieron juntos el camino por las calles de San Sebastián y Atocha.

«Me detuve á charlar con Pulido por esperarte, amigo Almudena. Tengo que hablar contigo.»

Y agarrándole por el brazo con solicitud cariñosa, le pasó de una acera á otra. Pronto ganaron la calle de las Urosas, y parados en la esquina, á resguardo de coches y transcuntes, volvió á decirle: «Tengo que hablar contigo, porque tú solo puedes sacarme de un gran compromiso; tú solo, porque los demás *conocimientos* de la parroquia para nada me sirven. ¿Te enteras tú? Son unos egoístas, corazones de pederنال... El que tiene, porque tiene; el que no tiene, porque no tiene. Total, que la dejarán á una morirse de vergüenza, y si á mano viene,

se gozarán en ver á una pobre mendicante por los suelos.»

Almudena volvió hacia ella su rostro, y hasta podría decirse que la miró, si mirar es dirigir los ojos hacia un objeto, poniendo en ellos, ya que no la vista, la intención, y en cierto modo la atención, tan sostenida como ineficaz. Apretándole la mano, le dijo: «*Amri*, saber tú que servirte Almudena él, Almudena mí, como *pierro*. *Amri*, *dicermi* cosas tú... de cosas *tigo*.

—Sigamos para abajo, y hablaremos por el camino. ¿Vas á tu casa?

—Voy á do *quierer* tú.

—Paréceme que te cansas. Vamos muy á prisa. ¿Te parece bien que nos sentemos un rato en la Plazuela del Progreso para poder hablar con tranquilidad?»

Sin duda respondió el ciego afirmativamente, porque cinco minutos después se les veía sentados, uno junto á otro, en el zócalo de la verja que rodea la estatua de Mendizábal. El rostro de Almudena, de una fealdad expresiva, moreno cetrino, con barba rala, negra como el ala del cuervo, se caracterizaba principalmente por el desmedido grandor de la boca, que, cuando sonreía, afectaba una curva cuyos extremos, replegando la floja piel de los carrillos, se ponían muy cerca de las orejas. Los ojos eran como llagas ya secas é insensibles, rodea-

dos de manchas sanguinosas; la talla mediana, torcidas las piernas. Su cuerpo había perdido la conformación airosa por la costumbre de andar á ciegas, y de pasar largas horas sentado en el suelo con las piernas dobladas á la morisca. Vestía con relativa decencia, pues su ropa, aunque vieja y llena de mugre, no tenía desgarrón ni avería que no estuvieran enmendados por un zurcido inteligente, ó por aplicaciones de parches y retazos. Calzaba zapatones negros, muy rozados, pero perfectamente defendidos con costurones y remiendos habilísimos. El sombrero hongo revelaba servicios dilatados en diferentes cabezas, hasta venir á prestarlos en aquella, que quizás no sería la última, pues las abolladuras del fieltro no eran tales que impidieran la defensa material del cráneo que cubría. El palo era duro y lustroso; la mano con que lo empuñaba, nerviosa, por fuera de color morenísimo, tirando á etiópico, la palma blanquecina, con tono y blanduras que la asemejaban á una rueda de merluza cruda; las uñas bien cortadas; el cuello de la camisa lo menos sucio que es posible imaginar en la mísera condición y vida vagabunda del desgraciado hijo del Sus.

«Pues á lo que íbamos, Almudena—dijo la *señá* Benina, quitándose el pañuelo para volver á ponérselo, como persona desasosegada y ner-

viosa que quiere ventilarse la cabeza.—Tengo un grave compromiso, y tú, nada más que tú, puedes sacarme de él.

—*Dicermi* ella, tú...

—¿Qué pensabas hacer esta tarde?

—En casa mí, *mocha* que jacer mí: lavar ropa mí, coser *mocha*, remendar *mocha*.

—Eres el hombre más apañado que hay en el mundo. No he visto otro como tú. Ciego y pobre, te arreglas tú mismo tu ropita; enhebras una aguja con la lengua más pronto que yo con mis dedos; coses á la perfección; eres tu sastre, tu zapatero, tu lavandera... Y después de pedir en la parroquia por la mañana, y por las tardes en la calle, te sobra tiempo para ir un ratito al café... Eres de lo que no hay; y si en el mundo hubiera justicia y las cosas estuvieran dispuestas con razón, debieran darte un premio... Bueno, hijo: pues lo que es esta tarde no te dejo trabajar, porque tienes que hacerme un servicio... Para las ocasiones son los amigos.

—¿Qué *sucieder* tí?

—Una cosa tremenda. Estoy que no vivo. Soy tan desgraciada, que si tú no me amparas me tiro por el viaducto... Como lo oyes.

—*Amri*... tirar no.

—Es que hay compromisos tan grandes, tan grandes, que parece imposible que se pueda

salir de ellos. Te lo diré de una vez para que te hagas cargo: necesito un duro...

—¡Un *durro!*— exclamó Almudena, expresando con la súbita gravedad del rostro y la energía del acento el espanto que le causaba la magnitud de la cantidad.

—Sí, hijo, sí... un duro, y no puedo ir á casa si antes no lo consigo. Es preciso que yo tenga ese duro: discurre tú, pues hay que sacarlo de debajo de las piedras, buscarlo como quiera que sea.

—Es *mocha... mocha...*—murmuraba el ciego volviendo su rostro hacia el suelo.

—No es tanto—observó la otra, queriendo engañar su pena con ideas optimistas.—¿Quién no tiene un duro? Un duro, amigo Almudena, lo tiene cualquiera... Con que ¿puedes buscármelo tú, sí ó no?»

Algo dijo el ciego en su extraña lengua que Benina tradujo por la palabra «imposible,» y lanzando un suspiro profundo, al cual contestó Almudena con otro no menos hondo y lastimero, quedóse un rato en meditación dolorosa, mirando al suelo y después al cielo y á la estatua de Mendizábal, aquel verdinegro señor de bronce que ella no sabía quién era ni por qué le habían puesto allí. Con ese mirar vago y distraído que es, en los momentos de intensa amargura, como un giro angustioso del alma

sobre sí misma, veía pasar por una y otra banda del jardín gentes presurosas ó indolentes. Unos llevaban un duro, otros iban á buscarlo. Pasaban cobradores del Banco con el taleguillo al hombro; carricoches con botellas de cerveza y gaseosa; carros fúnebres, en el cual era conducido al cementerio alguno á quien nada importaban ya los duros. En las tiendas entraban compradores que salían con paquetes. Mendigos haraposos importunaban á los señores. Con rápida visión, Benina pasó revista á los cajones de tanta tienda, á los distintos cuartos de todas las casas, á los bolsillos de todos los transeuntes bien vestidos, adquiriendo la certidumbre de que en ninguno de aquellos repliegues de la vida faltaba un duro. Después pensó que sería un paso muy salado que se presentase ella en la cercana casa de Céspedes diciendo que hicieran el favor de darle un duro, siquiera se lo diesen á préstamo. Seguramente, se reirían de tan absurda pretensión, y la pondrían bonitamente en la calle. Y no obstante, natural y justo parecía que en cualquier parte donde un duro no representaba más que un valor insignificante, se lo diesen á ella, para quien la tal suma era... como un *átomo inmenso*. Y si la ansiada moneda pasara de las manos que con otras muchas la poseían, á las suyas, no se notaría ninguna alteración sensible en la distri-

34061

bución de la riqueza, y todo seguiría lo mismo: los ricos, ricos; pobre ella, y pobres los demás de su condición. Pues siendo esto así, ¿por qué no venía á sus manos el duro? ¿Qué razón había para que veinte personas de las que pasaban no se privasen de un real, y para que estos veinte reales no pasaran por natural trasiego á sus manos? ¡Vaya con las cosas de este desarreglado mundo! La pobre Benina se contentaba con una gota de agua, y delante del estanque del Retiro no podía tenerla. Vamos á cuentas, cielo y tierra: ¿perdería algo el estanque del Retiro porque se sacara de él una gota de agua?

## V

Esto pensaba, cuando Almudena, volviendo de una meditación calculista, que debía de ser muy triste por la cara que ponía, le dijo:

«¿No tener tú cosa que *peinar*?

—No, hijo: todo empeñado ya, hasta las pa-peletas.

—¿No haber persona que *priestar* *tí*?

—No hay nadie que me fie ya. No doy un paso sin encontrar una mala cara.

—Señor Carlos llamar tí mañana.

—Mañana está muy lejos, y yo necesito el duro hoy, y pronto, Almudena, pronto. Cada minuto que pasa es una mano que me aprieta más el dogal que tengo en la garganta.

—No llorar, *amri*. Tú ser buena *migo*; yo arremediando tí... Veslo ahora.

—¿Qué se te ocurre? Dimelo pronto.

—Yo *peinar* ropa.

—¿El traje que compraste en el Rastro? ¿Y cuánto crees que te darán?

—Dos *piesetas* y media.

—Yo haré por sacar tres. ¿Y lo demás?

—Vamos á casa *migo*,—dijo Almudena levantándose con resolución.

—Prontito, hijo, que no hay tiempo que perder. Es muy tarde. ¡Pues no hay poquito que andar de aquí á la posada de Santa Casilda!»

Emprendieron su camino presurosos por la calle de Mesón de Paredes, hablando poco. Benina, más sofocada por la ansiedad que por la viveza del paso, echaba lumbre de su rostro, y cada vez que oía campanadas de relojes hacia una mueca de desesperación. El viento frío del Norte les empujaba por la calle abajo, hinchando sus ropas como velas de un barco. Las manos de uno y otro eran de hielo; sus narices rojas destilaban. Enronquecían sus voces; las palabras sonaban con oquedad fría y triste.